

## PRESENTACIÓN DEL PREGONERO

Sr. Pregonero.

**Srs. Presidente de Agrupación, Cura Párroco.  
Alcalde y  
Conocidos y amigos todos:**

Se agostaba agosto. Y en una de sus mañanas me lo pediste. Querías que fuera tu presentador en tu pregón de semana santa. Y como la amistad obliga, aquí estoy a tu lado, en el umbral de acceso a tu pregonar.

Hoy, Domingo de señas, tengo la ineludible obligación de hacer contigo un paseillo en este albero de tabla donde el respetable ya espera, armado de silencio, que salte al ruedo cofrade tu palabra cargada de misterio, de tradición, de recuerdos y de vida. Me toca a mí abrir esta puerta, de cal y de cera, para que la faena de tu verbo dibuje en el aire filigranas cofrades bordadas con la aguja de tu fe, oliendo a dama de noche y rocío de nostalgia.

**En estos momentos cohabitan en mí dos sentimientos quiméricos: Por un lado me torno, con agrado, a ser la puerta de tu sentimental verbo, a tu grito, a tu emoción, a tus súplicas, en una palabra: a tu pregón. Por otro lado no deseo aminorar el brillo que tu disertación proyectará, estoy seguro, en este espacio que hoy huele ya a cera, a incienso y a dama de noche anticipada.**

**Presentarte, amigo Fernando, no deja de ser algo innecesario. El mundo cofrade que hoy se da cita en este teatro, conoce, posiblemente mejor que**

**yo, tu amor por todo lo que huele a incienso, a capirote, a pegaita... a Semana Grande que es, tuya y nuestra, Semana Santa.**

**Saben de tu fe y celo por las imágenes que, por obra y gracia del sudor vertido de los costaleros, pasean entre nosotros durante estos días. Degustan tu delirio de amor por ese pequeño gigante que es tu, mi y nuestro, Cristo de la Buena Muerte. Costaleros de los que te sientes padre y con ellos rezas y con ellos lloras cuando el último “ahí quedó” se quema entre los cirios ya gastados.**

**Te vieron, allá por el lejano 1972, incorporarte al proyecto fundacional de una hermandad que comenzaba a andar y que llegaría a ser tu hermandad, el Lunes Santo.**

**Escucharon tus palabras envueltas en cal y fe, aquel 21 de marzo de 1992 en la capilla del Socorro pregonando a tu otro, aunque el mismo Cristo, villorrrro aquel, a quien intentas, cada madrugá, y ya son 23, mermar el dolor acercándole a su madre a golpes de hombro y de horqueta.**

**Conocen tantas cosas de ti, que repetirlas yo sería abusar de su paciencia y en nada aumentaría tu talla cofrade.**

**Por eso, más que tu presentador, déjame ser tu compañero, tu amigo, que en estos momentos de nervios, no de temor, te ayude a entreabrir esa**

**puerta por la que discurrirá ese pregón, que como pan reciente, humea entre tus manos húmedas y las tapas frías , que un día te entregaron vacías para que las llenaras de aromas y vivencias cofrades.**

**Quiero estar contigo y contagiarme, en este Domingo de señas, de las señales que nos iras dejando para seguir el rastro de un cofrade convencido.**

**Gracias por dejarme estar tan cerca de ti para percibir en primer plano esas pinceladas que hablarán de alegría infantil verde y con Ramos. Por compartir ese Rosario Cautivo de emociones cuando hables de la Buena Muerte. Por estremecerme cuando la lanzada nos deje abierto el pecho para que la Esperanza del Mar se quede entre nosotros.**

**No puedo dejarte sólo con la Pasión y la Paz vibrando en tu garganta, ni abandonarte ante un Caído que reza sólo en un Huerto que huele a Amargura.**

**Soñaré, mientras silban como golondrinas tus palabras y como ya epilogué para ti en otro pregón, que apagamos el último cigarro porque ya viene el Señor y vamos juntos a su encuentro.**

**Mis palabras te apoyarán cuando las tuyas ayuden en el Descendimiento y quieran achicar el Mayor Dolor de una madre que entierra por dos**

**veces en la misma tarde a un Hijo y por ello se refugia en la mar incierta de la Soledad.**

**Por mi parte quiero, finalmente, estar muy cerca de ti, Fernando, para escuchar tu verbo repiqueteando de alegría y tiñéndose de Resurrección y de Victoria.**

**Como pregonero proclamarás, estoy seguro, que has “creado este pregón, con todo el amor de tu corazón y el sentimiento de tu alma”. Por eso, amigos, es necesario desnudarnos de comparaciones y sin ninguna predisposición, con el alma abierta de par en par, dejarnos mecer por la magia de la palabra.**

**Y cuando tu pregón se torne bajamar, gaviotas de emoción y golondrinas de esperanza, llenarán este teatro dando paso al drama más antiguo y grandioso para que se haga carne y habite en Ayamonte durante esta semana que es grande porque es santa o es santa por que es grande.**

**Fernando amigo, la puerta queda abierta, la presentación consumada, todo está por decir, todo por escuchar. Tuyo es el verbo y nuestro será el placer de escucharte. Toma, pues, la palabra.**

**Paco Blázquez  
Semana Santa 2.004**

XXXVII  
PREGÓN DE LA SEMANA SANTA  
DE  
AYAMONTE

28 DE MARZO DE 2004  
TEATRO CARDENIO

Pronunciado por  
FERNANDO CASTILLO PICÓN

Rvdo. Señor.  
Itmos. Señores.  
Junta de Gobierno y Pleno de Hermanos  
Mayores de la Agrupación de Cofradías y Hermandades.  
Pueblo de Ayamonte:

Con la mayor humildad licencia os pido y mis torpes palabras a vuestro juicio someto pues, en mañana de “Señas” habéis sido convocados a Cabildo anual de salida en este Teatro Cardenio.

En esta mañana en que ya todo huele, suena y sabe a Semana Santa.

En esta mañana en que Ayamonte, en cofrade, piensa, siente y habla...

...en esta mañana comprometida, vais a juzgar mi atrevimiento cofrade y os pido comprensión fraterna.

En esta mañana en que, del Señor, todo Ayamonte una “pegaíta” busca y, con la “pegaíta” inicia su penitencia.

En esta mañana toda flor, música y cera...

...en esta mañana - os digo – en la que seréis costaleros de mi mensaje, quiero sentir y explicarme desde la fuerza de mi fe, con total convicción cristiana y profunda devoción mariana.

¡ Ojalá que así resulte!

Está la voz, está la letra y está Ayamonte esperando en esta mañana de “Señas”

Y en Domingo de Pasión, Domingo de Señas de las Hermandades ayamontinas, revestido con mi hábito nazareno, de la Semana Santa erigido en pertiguero, a llamar en vuestros corazones vengo.

Con la pértiga pregonera en una mano, despacito, a vuestros pechos me acerco; asido al llamador doy tres golpes secos y me contestan desde dentro:

¿Quién va?

Y con la voz tapada por el antifaz de mis creencias, contesto:

Ya es Semana Santa. Hoy Domingo de Señas, es la hora señalada y soy el pertiguero, abrid vuestros sentidos y sentimientos que Ayamonte me ha hecho pregonero y se inicia la Estación de Penitencia.

Es mi responsabilidad conducir hoy la cofradía de su fe y sus devociones y como solo no puedo hacerlo, pues de virtudes carezco, al magistral hacer de nuestros artistas apelo.

Son ellos los que, con la belleza de su creación, hacen posible el milagro que cada primavera se produce en una conjugación perfecta de todas las artes.

Ayamonte ciudad del arte.

A los obreros del arte les digo:

Préstame tu gubia, escultor, para esculpir mi pregón.

Pintor, dame tu pincel, para pintar mi pregón  
El buril, tallista, lo quiero para tallar mi pregón.  
Tu cincel, orfebre, déjame para repujar mi

pregón.

Cerero, tu pabito necesito para encender mi

pregón.

Un bastidor, bordadora, para bordar mi pregón.  
Saetero, tu voz deseo para cantar mi pregón.

pregón. Una partitura, maestro, para interpretar mi  
pregón. Dame tu pluma, escritor, para escribir mi  
encargó. Que yo carezco de todo y Ayamonte me lo  
Oídmelos...  
...que es mi pregón.  
Dejádmelos todo para hablar de Dios.  
Prestádmelos todo que es mi pregón.

Y siendo ya poseedor de tan grandes dones,  
pues sé que vuestra generosidad, y la de los artistas, en  
mis palabras verán más belleza y mensaje de los que soy  
capaz de pronunciar, os saludo diciendo:

¡Dios te salve, Ayamonte!

Éste es, en agradecimiento a vosotros que me  
acompañáis en tan señalado día, mi saludo verdadero.

¡Dios te salve, Paco!

Que has sido excesivamente generoso en las  
desmedidas palabras que para presentarme has utilizado.

¡Dios te salve, Huelva evangelizadora!

Que celebras el tiempo dorado de una Diócesis  
para Ti creada.

¡Dios te salve, Ayamonte Concepcionista!

Que hace ya cinco décadas perpetuaste tu  
fervor Mariano.

¡Dios te salve, Madre Inmaculada!

Que desde entonces nos cuidas y bendices  
sobre el pedestal de piedra y devoción que en la Laguna  
te levantaron.

¡Dios te salve, puro, hermoso y bello templo!



Que desde los ciento cincuenta años que se cumplen ahora de la proclamación del dogma inmaculado lo seguimos defendiendo.

VIÑETA

¡Dios te salve, Ayamonte nazareno!  
¡Dios te salve, Ayamonte cofrade!  
¡Dios te salve, Ayamonte Mariano!  
¡Dios te salve!

Porque todo Ayamonte es María y siempre quiso serlo.

Quiso ser luz de su candelaría.

Y ser varal de su palio.

Y ser mesa para su mecida.

Y ser, entre sus manos, rosario.

Y ser candelabro de guardabrisas.

Y ser llamador de su paso.

Y ser saya de oro y seda.

Y ser aroma de incienso.

Y ser flor de primavera.

Ayamonte, el Ayamonte mariano, quiso ser pañuelo para Ella.

Y en "El Castillito" quedó prendido con espinas de viejas tuneras.

Ese pañuelo blanco, por las empinadas calles de la Villa, resbala hasta cubrir la Ribera.

Y con primorosa dulzura, el Guadiana, con encajes de olas lo ribetea.

Y Ayamonte se hizo pañuelo para Ella.

Y mi pregón, pañuelo también quiere ser para consolar su dolor, compartir su alegría y aliviar su pena.

Un pañuelo que prestado tomaré, que no es mío, que me lo hicieron para Ella, tejido de bolillo, a la forma más añeja, unas manos con nombre de Virgen sevillana. ¡Macarena!

Entrelazando sus hilos renglón a renglón, palabra a palabra, sobre el lienzo blanco del papel que nada cuenta, he creado este pregón con todo el amor de mi corazón y el sentimiento de mi alma.

Esto no es más que la historia de un pañuelo que sólo no sirve para consolar dolor y secar lágrimas.

Ese pañuelo a mi lado medio siglo cuenta.

Medio siglo comparten pañuelo e Inmaculada.  
Todo empezó aquel año que se desperezó  
cubierto con manto blanco para recibirla a Ella.

Me vio nacer y formó parte del ajuar de una  
cuna que, sin serlo, cargada de humildad, fue capaz de  
colmarla de amor y felicidad.

Entre los ropajes de bautismo, secó mi cabeza  
recién bautizada. Ante la Virgen de las Angustias ese  
pañuelo también estaba.

Luego, de primera comunión vestido, pantalón  
corto, chaqueta azul y entre las manos el misal, un rosario  
y mi pañuelo blanco.

Mas tarde, ante mi Cristo, la boda con los  
anillos, las arras y el pañuelo blanco convertido en velo  
para la mujer que el Cielo me entregaba.

El tiempo regó e hizo crecer a mis dos hijas. De  
nuevo, entre el cándido vestido para ser bautizadas, el  
pañuelo blanco que siempre me acompaña.

¡Cincuenta años a mi lado...!

¿Cuánto es eso, Señor, en la plenitud de los  
tiempos?

¿De dónde vino ese pañuelo blanco?

¿Cómo llegó hasta mí?

Seguro estoy de que cada hebra de hilo ha ido  
tejiendo ese pañuelo a golpe de minutos, de días y de  
años.

Que con el paso del tiempo ha sido testigo de  
vidas y sueños.

Seguro estoy de muchas cosas ahora, después  
de haber indagado en mi corazón y en las entrañas de mi  
pueblo.

Estoy feliz por las respuestas encontradas y  
porque ellas marcaron mis iniciales, con hilo indeleble, en  
el pañuelo de la fe de Ayamonte, que vive y se entierra  
con todos los que un día tuvimos la dicha de nacer en el  
mejor pueblo de la tierra.

## VIÑETA

## SOLEIDAD

Un día cuando, con primor por lo viejo y gastado, sujetaba ese pañuelo entre mis manos, lo miraba con atención y adiviné, más que vi, unos números, 1550, en los encajes entrelazados.

De su perfecta ejecución disfrutaba una y otra vez mirando.

Se trataba de un año.

¿Qué manos, en el siglo XVI, tan hermoso lienzo podían haber creado?

Ayamonte era La Villa.

La Villa era Ayamonte.

La Ribera no era de ese pasado.

De alta alcurnia parecía por la nobleza de sus rasgos.

Su penetrante olor, viejo y rancio me hacía recordar mi época de estudiante y al convento de La Rábida y al hábito franciscano.

La curiosidad me llamaba a seguir profundizando.

Y metido entre viejos legajos pude averiguar que Doña Teresa de Zúñiga, Duquesa de Béjar y esposa de Don Francisco de Guzmán, fundó en 1550 bajo su patronazgo y peculio, la Cofradía del Santo Entierro y Nuestra Señora de la Soledad, dotándola de alhajas y propio ajuar.

Voló mi imaginación:

Podría ese pañuelo pertenecer a tan rico ajuar.

Lo habría bordado Doña Teresa con sus propias manos.

Podría haber sido el primero en tener entre sus dedos la Virgen de la Soledad.

Hasta puede que fuera el principio de las Cofradías.

Podría ser el imperecedero testigo de la creación de las Hermandades que han llegado hasta nuestros días.

¿Por qué no?

Y todo comenzó a desarrollarse en mi imaginación.

Dios instaló en Ayamonte su taller alfarero para modelar la idiosincrasia, el carácter, la religiosidad, la fe y la devoción de sus gentes con escrupulosa pulcritud.

Y valiéndose del Marqués de Ayamonte fundó, días antes, la Cofradía de la Santa Vera Cruz.

Franciscanas las dos.

Como nacidas del seráfico barro ocre que inspira y enseña una forma sencilla, humilde y austera de amar a Dios.

Forjadas en la atención a los necesitados, dar cristiana sepultura a los hermanos fallecidos, y la oración.

Eran dos y ahora sólo una; el tiempo las fusionó.

Y caminan juntas desde 1872.

Es sólo una y ya nunca serán dos.

Como una es la joya que conmigo tengo: un trozo de lienzo que de la Soledad pudo ser su primer pañuelo.

¿Podrían esos virtuosos dedos tejedores de bolillos imaginar que su trabajo incluso vería a la Virgen coronar?

Porque, sin llevar la Virgen en su mano ese enorme pañuelo chorreado desde la Villa a la Ribera, una tarde del año 2000, a 450 de que la tejedora lo hiciera, con los aromas salobres del estío que perfuman nuestras calles, allá por el 8 de julio, ese enorme pañuelo de blanca devoción, cubrió el Paseo de la Ribera y, posándose suave sobre sus sienes, fue proclamada Madre de Ayamonte y Reina coronada.

Y tras el ofertorio, desde el lugar que por mi proximidad al acto ocupaba, un detalle me cautivó aquella noche mágica.

Sobre tu cabeza no hay estrellas, todo es oscuridad.

Es de Viernes Santo tristeza, Virgen de la Soledad, que clavado a tu Hijo llevas sobre la cruz de la verdad y bajas, para no verlo, la mirada; la cabeza reclinas a la derecha y tu pensamiento se acierta:

“Dios mío, ¡qué sola me dejas!”

Sobre tu cabeza no hay estrellas, todo es serenidad.

Es llanto de Viernes Santo, Virgen de la Soledad, que a tu Hijo llevas muerto en urna de cristal y no tienes cara de pena para no desconsolar a los hijos que te aman y te quisieron coronar con corona de sobriedad, sin estrellas, que nada había que alumbrar pues flor tan bella, ella sola, sola ella, llena de luz La Villa y La Ribera.

Sobre tu cabeza no hay estrellas, todo es austeridad.

Viernes Santo Franciscano, Virgen de la Soledad, que allende la mar, en tierras peruanas mil estrellas brillan de tu corona de Reina apartando la oscuridad de rostros de inocencia, madurez o ancianidad, pues ésa sí que es corona y lo es de generosidad.

Sobre tu cabeza no hay estrellas, todo es hermandad.

Es luz de Domingo de Ramos, Lunes, Martes, Miércoles Santo, Jueves, Viernes Santo o “Madrugá”, de Domingo de Resurrección, Rocío o Angustias, también

“coroná”, que con diez esmeraldas tu corona ya no puede brillar más, que con su luz cegadora de amor y caridad no necesita estrellas que la hagan brillar.

Sobre tu cabeza no hay estrellas, todo es corona sin estrellar.

Que tu sonrisa de pena, tus ojos ausentes, de serenidad, el resignado frunce de tus cejas, toda Tú, hermanos, toda Ella, es lucero del alba, es constelación de estrellas, es el sol que nos alimenta, es la hermosura más bella, es el principio de nuestra religiosidad, es de San Francisco la Reina coronada en La Ribera, es la Virgen de la Soledad.

Y parece esta Hermandad como del cuadro de la vida reproducida cuando sus últimos resplandores destella.

Con la piel dibujada por los caminos de los años, cuando ya no queda esposa ni hermanos, cuando todo es silencio tras las puertas y sólo los recuerdos quedan, las oraciones Barranca arriba hasta San Francisco caminan y la Virgen siente que su soledad de muchas soledades se rodea.

Ancianos de La Villa, del Banderín, de Canela, del Pozo del Camino, de la Punta o de La Ribera, no os sintáis solos que os acompaña Ella, la Virgen de la Soledad, la que necesita vuestra presencia. Que ella sabe lo que es esa Cruz, la Cruz Verdadera, cuando a su hijo mira suspendido de la fe, la esperanza y la caridad que a todos alguna vez nos falta y que el mismo Cristo nos pidiera.



Es una verdadera cruz, que proporciona su peso a la longevidad alcanzada y que se libera de su opresión cuando yace inerte, con la última expiración.

Abuelos de Ayamonte, sed fuertes en la fe, no perdáis la esperanza, confiad en la caridad de la buena gente que os rodea y acompaña. Como Cristo de la Vera Cruz abrazaros a esos tres benditos clavos, que de lecho se trata y no de cadalso.

Y lecho de muerte es el que espera para ya no tener nombre, sólo yacente, como Cristo en su urna barroca, en su Santo Entierro, sin la Vera Cruz, todo muerte.

## VIÑETA

## SOCORRO

Y la Soledad, ante la historia, también quedó sola.

    Mi pañuelo se agita, pide Socorro. Quiere que de los años entienda las sombras.

    Durante cuatro centurias, nuestra Semana Santa, de datos históricos quedó huérfana, y fue a finales

del siglo XIX cuando se tiene constancia de que una nueva Hermandad promueve su creación.

Pero reminiscencias existen en una Cofradía que, por sus formas y ritos, nos aseguran que sus ancestrales orígenes en el tiempo se remontan e incluso que coetánea puede ser de las dos primitivas Cofradías del Templo Franciscano.

Perteneciendo Ayamonte a la Archidiócesis Hispalense hasta 1954, hay quien afirma que nace como filial de la antigua Cofradía del Silencio de Sevilla, vástago del que todas las demás brotan.

Nada se puede asegurar.

La oscuridad del pasado no escrito nos lleva hasta 1924 en que, la erección Canónica de la Cofradía de Nuestro Padre Jesús Nazareno y María Santísima del Socorro, es su primer dato documentado.

De padre a hijo, de generación en generación, el testigo ha ido pasando de lo que para Ayamonte significa la palabra devoción.

Marineros, labradores, herreros, toneleros, estibadores, salazoneros, conserveros, empleados y empleadores bajo sus maniguetas y varas han forjado, año tras año, la que en nuestro pueblo es la mayor y más profunda manifestación pública de fe:

La "Madrugá"

Donde las clases sociales desaparecen, donde todos somos gente.

Y bien es verdad que el pañuelo que tengo guardado, sin saber de donde viene, me habla de manos humildes y no de alto rango.

¿Conserva la humedad del esfuerzo de un hermano cargador o de las lágrimas emocionadas de una mujer viendo a su joven esposo bajo el paso de la Virgen o del Señor?

Lo que sí sé, Madre del Socorro, es que la próxima madrugada el pañuelo que conservo desde hace tantos años lo entrelazaré entre tus dedos.

En la larga madrugada secará tu llanto.

En la última remuda limpiará mi esfuerzo.

Y al llegar a casa, a las puertas del hogar en el que antaño de los niños aún se oyen sus gritos y sus juegos, ese pañuelo te pediré de recuerdo.

Y me lo darás, Madre, porque sabes cuanto lo cuido y cuanto lo quiero.

Que son veintitrés “madrugás” en una manigueta con sabor a padre enfermo.

Veintitrés “madrugás” sin esfuerzo pero con peso.

Veintitrés “madrugás” con ilusiones de hijos nuevos.

Veintitrés “madrugás” que los ha visto ir creciendo.

Veintitrés “madrugás” que han velado a familiares muertos.

Veintitrés “madrugás” que han llorado el dolor fraterno.

Veintitrés “madrugás” con mi túnica que ya huele a rancio y viejo.

Veintitrés “madrugás” que consumen mi tiempo.

Tu sabes, Madre, lo que te estoy diciendo.

Tu sabes, Madre, que es la primera vez que lo revelo.

Son veintitrés “madrugás” que han dejado deforme mi cuerpo y, en la despedida, sólo te pido que me devuelvas ese pañuelo.

Que necesito, Madre, sentirlo en mí, muy adentro.

Para Ti otro tengo.

Como agradecido hijo te lo entrego.

Y con él una súplica te hago y un milagro espero, que es muy cercano el calvario y a Ti no te tengo lejos.

A Ti, Madre del Socorro, a la que suben y por donde pasan gratitudes y suplicas al Señor de Ayamonte encaminadas.

Madre intercesora en los cielos, pide a tu hijo lo que te rezo.

Madre Corredentora en la tierra, salud de los enfermos.

Háblale de mí, dile que soy quien contigo cargó y que de los dos fui pregonero.

Él, Padre Jesús, desde su infinita misericordia hará el resto.

Háblale de mí, Madre, que contigo es con quien me entiendo.

Dile al Señor que en las oraciones va toda mi fe y sentimiento.

Dile que no es para mí.

Que es para una madre buena.  
Que aún tiene hijos creciendo.  
Que es para ella.  
Que yo nada quiero.  
Díselo Madre del Socorro.  
Díselo a Padre Jesús Nazareno.  
Y si son otros tus planes, dame valor “pa”  
entenderlo.

Y cómo a ti pedirte todo puedo, cuéntale  
también las dificultades por las que aún pasan otras  
madres, mujeres de nuestro tiempo.

Tiende tu manto sobre las que Socorro te piden  
y aún tienen voz para hacerlo.

Muchas no lo cuentan, hay hombres enfermos.

Es el poder de los que nada pueden dejando  
un reguero de muerte y violencia.

Son mujeres que, como Tú, por sus hijos sufren  
en silencio.

Son mujeres que, como Tú, recorren un camino  
de amargura.

Son mujeres que, como Tú, padecen el latigazo  
de la injusticia.

Es la hora de gritar a todos los vientos.

Cristo así lo hizo ante escribas y fariseos.

Es la hora de acabar con el tormento.

Que la cruz de Padre Jesús ya tiene demasiado peso.

¡Mujeres del mundo entero, defendeos!

En señal de denuncia y de vida, agitad vuestros blancos pañuelos.

¡Mujeres del mundo entero!

Buscad Socorro en María, la madre de Padre Jesús Nazareno.

## VIÑETA



## MAYOR DOLOR

Mi pañuelo ahora se me torna de luto, de color negro.

No acierto a definir los tonos que toma.

Pero los cromatismos y la luz de Ayamonte me hacen verlo.

Es como las cales de nuestras casas que al ocaso se tiñesen de gris, por el vendaval de poniente, en las tardes de invierno.

Se presienten los malos tiempos.

Es finales de mil ochocientos.

Tras la oscuridad producida por el Decreto de Desamortización, la reorganización de las Cofradías comienza.

El aire huele a litigio, a poco entendimiento.

Corre la década de los noventa.

Mi pañuelo aparece rasgado, como el velo del templo, por un puñal que en su hoja lleva sangre de corazón abierto.

    Es el Mayor Dolor de la Madre que espera a su Hijo descendido del madero.

    Es el Mayor Dolor de María al ver que, a San Francisco, se le va Cristo muerto.

    Es el Mayor Dolor de un pueblo que quiere asistir dos veces a un solo entierro.

    Dicen que Cristo en Ayamonte dos veces muere, que tiene el privilegio de verlo dos veces muerto.

    Pero pienso que el que esto dice no sabe mirar nuestros Cristos, no conoce nuestro pueblo.

    En Ayamonte no hay un Crucificado vivo, todos están muertos.

    Es el Mayor Dolor de un pueblo que quiere asistir dos veces a un solo entierro.

    Porque Ayamonte no quiere verlo sufrir y al pasar ante sí, cargado con el madero, los ojos cierra, espera que pase el tiempo, y cuando el escarnio se ha producido, cuando Él ya ha expirado, los abre de nuevo para volver a verlo, clavado en la cruz, muerto.

En Ayamonte no hay un Crucificado vivo, todos están muertos.

Cristo en Ayamonte no pronuncia palabra, no le hace falta, porque sin oír lo ha escuchado con su fe centenaria.

En tarde de Domingo de Ramos, recién estrenada la Semana Santa, ya está muerto.

Es el Cristo del **AMOR** eterno.

El mismo Dios creó, para Ayamonte, el más bello poema de Amor.

Sus cuatro hachones encendidos nos ayudan a entenderlo.

Humano, sin potencias ni atributos de Dios.

En Ayamonte no hay un Crucificado vivo, todos están muertos.

Y sin lanzar un grito, sin dar siquiera un suspiro, quietamente, en Ayamonte Cristo duerme su eterna **BUENA MUERTE**.

Con su pequeñez, reclinando sobre el hombro derecho su frente, en noches de Lunes Santo, a todos va susurrando el horror que alberga en su costado.

El que Él mismo sufrió, de La Merced arrancado, destrozado y, en un rincón, su pecho lacerado.

Aún así, su corazón de madera latía perdonando.

En Ayamonte no hay un Crucificado vivo, todos están muertos.

Y no deja que Cristo agua le pida aún teniendo ricos manantiales.

Longinos no alzará su caña con la esponja empapada en hiel y vinagre.

Martes Santo, la Sagrada Lanzada ya se ha consumado.

Punta de lanza de sabor sangriento.

Cristo de las **AGUAS** que brotan de su costado.

Eucarística devoción de marineros.

Cuerpo de Cristo desplomado.

En Ayamonte no hay un Crucificado vivo, todos están muertos.

Y cuando todo ha ocurrido, cuando todos se alejan y Él solo queda, prendido en el madero, se desata una tormenta de devoción al Cristo de la **VERA CRUZ**, al de la cruz verdadera.

Lignun Crucis de la comunidad Franciscana que allá por mil y quinientos sembró la semilla de nuestra Semana Santa y desde entonces, en noche de Viernes Santo, solo, que no abandonado, camina por su pueblo.

Y en algún rincón lo acompaña mi pañuelo.

En Ayamonte no hay un Crucificado vivo, todos están muertos.

Y en la cruz no quiere verlo por más tiempo, encargando a José de Arimatea y a Nicodemo descenderlo.

Así estaba escrito y Ayamonte así lo cuenta, en tarde de Viernes Santo, con su Cristo del **DESCENDIMIENTO** y lo enseña lentamente por lo pesado del cuerpo inerte del manso cordero.

En Ayamonte no hay un Crucificado vivo, todos están muertos.

Es el Mayor Dolor de un pueblo que quiere asistir dos veces a un solo entierro.

Dicen que Cristo en Ayamonte dos veces muere, que tiene el privilegio de verlo dos veces muerto.

Pero pienso que el que esto dice no sabe mirar nuestros Cristos, no conoce nuestro pueblo.

Porque en Ayamonte, Cristo, siete veces muere estando ya muerto.

Cinco veces crucificado y dos entierros.

Siete dolores clavados en el mayor de los sufrimientos.

Siete puñales que ahogan el Mayor Dolor de una Madre.

Saeta que, para hundirse en el pecho, corta el aire.

En Ayamonte no hay un Crucificado vivo, todos están muertos.

Que vivo a Jesús lo quiere **Triunfante, Cautivo, Orante o Nazareno.**

Que los crucificados en Ayamonte todos son Cristos muertos.

Y de la pena tan grande, La Villa y La Ribera labraron en barroco y gótico dos urnas para enterrar a Cristo lleno de vida yerto.

Y en noche de Viernes Santo, esperando el domingo en que sea **RESUCITADO** el verbo, Ayamonte goza del privilegio de llorar dos veces a Cristo, de asistir dos veces a su **SANTO ENTIERRO.**

Y se tiñe de luto todo mi pueblo.  
Y la acompaña a Ella en el duelo.  
¡Cuánto dolor, Señora, te aprisiona!  
Ya tienes a Dios descendido y muerto.  
Ya en el divino corazón abierto pones tu  
corazón y tu corona.  
En el punto y final de la hora nona, tienes en tu  
regazo el cuerpo frío del fruto desgajado de tu huerto.  
Ya otro dolor a tu dolor se asoma.  
¿Quieres mi pañuelo, Señora?  
Madre y Señora, casi todo está concluido.  
Tu nos lo diste hecho amor.  
Nosotros te lo entregamos escarnecido.  
Perdónanos Madre del Mayor Dolor.



VIÑETA

## SANTA ÁNGELA DE LA CRUZ

Quizás por eso, y porque por aquellos años Madre Angelita recorría ya nuestras calles, en Ayamonte se sabe tanto de duelos.

Ahora mi pañuelo se torna pardo y blanco, con colores de consuelo.

¡Madre Angelita!

Sor Ángela de la Cruz.

Santa Ángela de la Cruz.

Sus manos siempre llenas de amor, pero vacías de tanto entregar a los demás, nos dejó para siempre el legado de su comunidad.

Manos blancas de mortaja.

Delantal de caridad.

Voces limpias para rezar.

Hábito de santidad.

¡Qué suerte tuvo este pueblo de tener para ella un convento!

Para ella, que junto a Cristo se quiso crucificar.  
Clavada en la misma cruz y el Mayor Dolor del  
calvario sufriendo.

Cuando la primavera de su rostro aún no se  
había ido, Madre Angelita paseaba por las calles,  
luminosa, transparente, como un palio encendido.

Y en esta casa aún la podemos encontrar.  
Aquí siguen otras Madres Angelitas con su  
delantal.

Madre y hermanas que cuidan y guardan la  
cruz de los sufrimientos.

Necesidades que entran por el zaguán.

Y las manos siempre abiertas, dispuestas a  
dar.

Curando las heridas más profundas de la  
sociedad.

Mientras, su recompensa está dentro, un altar  
tan humilde como la tarima de sus sueños.

Sin manto ni corona, sin saya ni otro tocado  
que un pobre hábito, una purísima toca y su delantal.

¡Madre Angelita está en casa!

Nunca ha dejado de estar.

Lo dicen sus pasos pausados y silentes  
recorriendo la ciudad.

Lo demuestra su semilla, en incesante  
germinar.

Madre Angelita ya es Santa

La canonización de las canonizaciones para el siglo XXI la Iglesia se la ha dado a nuestra tierra.

Ayamonte, dotado de especial sensibilidad, lo venía reivindicando.

Esas llegadas de nuestras Vírgenes hasta las rejas de la oración, no eran más que la petición de una nueva Cofradía, la de los pobres, los necesitados y los enfermos a los que el cariño desmedido de Sor Ángela, les había llegado.

Y en la Hermandad de la Caridad Desnuda, el principal paso sería para Santa Ángela: una parihuela de dura madera con candelabros de sueños cansados.

Sin palio.

Con flores de agradecimiento y trozos de pan de limosnas en ramos.

Las filas de penitentes vestirán con marrón remendado.

Por itinerario las calles del pueblo y algunos lugares del campo, para encontrarse con Cristo siempre sufriendo y olvidado.

El 4 de mayo fue elevada a su altar.

Altar que aquí no hacía falta.

Que aquí nunca ha dejado de estar.

Sus manos blancas de mortaja.

Su delantal de caridad.

Su voz limpia de rezar.

Su hábito de santidad.  
Que no, que aquí altar no le hacia falta.  
Que Madre Angelita queremos seguir  
llamándola.  
Que no necesita título de Santa.  
Que en Ayamonte sigue estando su luz.  
Que en nuestros corazones permanece  
consagrada.  
Que aquí seguimos teniendo, y por siempre  
estará, a Sor Ángela de la Cruz.

## SIGLO XX

Y con la alegría con que Madre Angelita hacía  
sus cosas, entramos en mil novecientos, auténtico siglo  
de oro de nuestras Cofradías.

Mi pañuelo rejuvenece, se hace más  
contemporáneo.

Y en él, contoneándose, aparecen seis  
nombres: Amargura, Paz, Salud, Esperanza del Mar,  
Victoria y Rosario.

Seis nombres de Virgen para nacer en cien  
años.

Pero es en el primer tercio, en el dieciocho  
concretamente, en el que se tienen datos de tres  
cofradías.

Aún así, del Señor Triunfante se conoce, no de  
forma escrita, que mucho antes procesionaba.

¡Señor Triunfante!  
Simbiosis entre un siglo que comienza y el  
inicio de una larga estación de penitencia.  
¡Señor Triunfante!  
Él solo, a lomos de una mulita, traspasa el  
umbral de la puerta, abre una nueva era y en Ayamonte  
entra.  
¡Señor Triunfante!  
Él me ha visto desfilar en la cofradía de la que  
ahora soy su pertiguero.  
Los nazarenos están preparados.  
Las bandas están dispuestas.  
Los costaleros están prestos.  
La Cruz de Guía, que haciendo un recorrido  
preside dos cortejos, situada está en el dintel del templo.  
La hora señalada.  
De mi niñez seis y media de la tarde, hoy diez y  
media de la mañana.  
Primera ropa de nazareno y en lugar del cirio,  
una palma.

¡Domingo de Ramos!  
Todo, siéndolo o sin serlo, parece nuevo, la luz,  
el aire, la ropa recién estrenada o las sillas del Paseo.

Cinco días antes de la Pascua, domingo según la tradición, el Maestro de Galilea en Jerusalén hacía su entrada.

Un rey temporal, tal y como los judíos lo imaginaban, habría hecho su entrada triunfal rodeado de escolta y sobre un brioso alazán.

El verdadero Mesías, montado sobre un humilde asno, obtendrá un triunfo real como Príncipe de la paz, como Rey espiritual y como Salvador de las almas.

El guión fue escrito 700 años antes por el profeta Isaías.

Los pequeños penitentes avanzan, la multitud se abre y el Rabí aparece ante la puerta con ojos pensativos, la boca trémula y sobre la multitud una mano tendida.

¡Hosanna al Hijo de David, bendito el que viene en nombre del Señor! ¡Hosanna!

Mi pañuelo nervioso se agita, se hace infantil bandera.

El paisaje dibuja una Jerusalén palpitante, serena, con rumores de niñeríos y sonos de tambores y cornetas, a diferencia de aquella otra en que los sonidos son de lamentos y los estruendos de disparos y bombas de judíos y palestinos que, en disputa por la ciudad santa, aún siguen en guerra.

Quizás por eso Jesús Triunfante en Ayamonte quiso entrar, a lomos de un asnillo, entre aromas de azahares, mil lenguas que se oyen, pescado recién cocido y barcos que esperan para alijar.

Cristo ya está en Ayamonte.

Por las puertas de Las Angustias acaba de entrar.

Hermanos ¡abrid vuestros corazones!

Esta es la mañana en que el sol más puede brillar.

Hermanos ¡cerrad vuestros ojos!  
Esta es la mañana en que la luz nos puede  
cegar.

Hermanos ¡abrid vuestros oídos!  
Esta es la mañana en que las golondrinas  
vuelven a anidar.

Hermanos ¡cerrad vuestros labios!  
Esta es la mañana en que nada hay que  
hablar.

Hermanos ¡llenad vuestros pulmones!  
Esta es la mañana de los perfumes de incienso  
y azahar.

Hermanos ¡no tocad nada, no tocad!  
Esta es la mañana en que sólo hay que estar.  
Que Cristo en su cuerpo aún conserva, del  
pasado año, la humedad.

Que Cristo se empapó de llanto, de rabia, de  
impotencia, de pena.

Que Cristo absorbió del Domingo de Ramos,  
Lunes, Martes y Viernes Santo la tristeza.

Río de lágrimas que recorriera San Francisco y  
La Ribera.

Saetas que nunca se oyeron.

Marchas que jamás se tocaron.

Cirios que no se encendieron.

Flores que las calles no perfumaron.

Zapatillas que no anduvieron.

Martillos que no llamaron.

Costaleros que no cargaron...

La Semana Santa de cuatro días quedó  
huérfana.

Pero este año todo será diferente.

La mañana será luminosa, ardiente de promesa  
y de oración.

Cristo, entre claveles de olor, inicia por  
Ayamonte el camino largo de la Redención.

Costaleros impacientes tensan el paño con  
temblor.



Tras los ensayos están prestos y ansían elevar sus rezos de esfuerzo y sudor.

¡Abrid las puertas, hermanos!  
Que en Ayamonte Triunfante va a entrar el Señor.

La calle Angustias es un vivo clamor.  
Los ángeles repican campanas de anunciación.  
El río se alborota y sus olas recitan poemas que huelen a naranjo en flor.

El aire quieto queda y deja pasar vientos de marchas de procesión.

Los niños, asidos a las palmas y en rigurosa formación parecen agradecer sus derechos, esos con los que la UNESCO protege la infancia ante Dios.

Ese Dios que sobre un platerillo entra para darnos la lección de su humildad, de su entrega, de su luz, su perdón.

En Ayamonte todo esto es el inicio de la Pasión, Muerte y Resurrección.

Aquí todo comienza.  
Gritemos ¡hosanna!  
Alcemos las palmas y las ramas de olivo en flor.

Abramos todas las puertas que en Ayamonte ha entrado Triunfante el Señor.

VIÑETA

## SALUD

Sí, hermanos.  
Entre nosotros está Jesús, el nazareno.  
Entre nosotros está el Cristo del Amor.  
Y mi pañuelo revolotea al viento en señal de  
salutación.  
Corro, de acá para allá, con él en la mano.  
Por las esquinas, por las calles, por cualquier  
rincón.  
¡Hosanna, Hijo de David! ¡Hosanna!  
Salgo a su encuentro por el Arrecife, el  
Banderín, el Cabezo...  
Y consigo verlo.  
Y junto a Él, María, la joven esposa de José,  
cándida, lozana...  
Del aljibe de mi casa le ofrezco agua.  
Bebe y sus labios seca con mi pañuelo.  
¡... y María, me da las gracias!

Yo la miro y nada digo, sólo la veo.  
¡Qué bien dirigir mis ojos a ese sitio donde  
anida tu temprano resplandor y que sirve de guía para  
mirarte a Ti sólo, para no tenerte prisa!

Que amor y prisa no guardan ni proporción ni  
medida.

Que por mucho que me distraiga, tenga yo  
siempre para poder ofrecerte una caricia.

Por mucho que me resista a tu luz, que es luz  
eterna, de la que necesita mi alma, nunca permitas que se  
consume ni un día sin que haga por que arda la que me  
ilumina, Virgen de la Salud.

Salud de mi alma.

Salud de mi cuerpo.

Salud de mi vida.

La palabra va llenándose de eterna devoción.

¡Salud!

¡Glorioso y admirable es tu nombre, Señora!

Saeta que cruza el Guadiana.

¡Salud!

Refugio del pecador que la implora.

En las tentaciones, estandarte que decide la  
pelea.

En la victoria, esperanza de vida eterna.

¡Salud!

Salud de los enfermos.

Divina enfermera de los males de la tierra.

En la debilidad, bálsamo que reconforta.

En la agonía, bastión que la fe atesora.

¡Salud!

De los afligidos, el consuelo.

En las carencias, manantial de dulzura.

En las necesidades, fuente que calma las  
tristezas.

¡Salud!  
Salud de mi alma.  
Salud de mi vida.  
Salud de mi cuerpo.

Madre, Hija y Esposa, Reina con manto, cetro y  
corona, ante Ti va Cristo por Amor muerto,  
Sin lágrimas que surquen tu cara  
Sin lutos que tiñan tu aspecto  
Sin dolor en tu semblanza.

En esta mañana de Señas, cuando todo está  
casi dispuesto, este humilde pregonero viene a pedir,  
Madre nuestra, Salud para el mundo entero.

VIÑETA

### AMARGURA

Y el mundo, en el universo ayamontino, en mil novecientos dieciocho se ha parado.

Cristo, todo su Amor ha derramado sobre nuestro pueblo.

Y en un solo pañuelo tres nombres ha bordado.  
Ahora leerlo me cuesta trabajo.

¡Amargura!

Es como mirar a un espejo y verlo dos veces grabado.

Un mismo nombre dos veces reflejado.

¡Amargura!

Toda ella es un mar cristalino, limpio y claro.

Toda ella es, de la mujer de Ayamonte, la hermosura.

Así lo quiso su hacedor: un rostro inspirado en la mujer ayamontina que mira a Dios, con ojos de ternura, cuando camina hacia el Calvario.

¡Amargura!

Sinónimo de María, esto es, mar amargo.

Porque su dolor es hondo como la profundidad de los mares.

Hondo como el clamor de Cristo pidiendo: "Pase de mí este cáliz".

Porque su dolor es amargo como la hiel y el vinagre.

Amargo como el sudor de Cristo que se convierte en sangre.

Las sombras de los penitentes se alargan por calle Tras las Campanas y Plaza del Salvador.

En lo alto, un trigal susurra temeroso:

“No se haga mi voluntad, sino la tuya, Padre”  
Al fondo, el río rumorea un monólogo de oración:

“Mi alma está triste, estoy sudando sangre y ya viene por mí la turba para crucificarme.

Los míos se han dormido.

¡Pedro, que te duermes y ni siquiera imaginas que me verás sangrando por las calles ayamontinas!

Todo el cáliz he aceptado, Padre, porque Tú me lo has pedido.

Pero llegará el tiempo en que no se haga tu voluntad.

Llegará el tiempo en que todos estén perdidos.

Vocaciones sacerdotales que permanecerán dormidas.

Vocaciones que, ante la llamada del Padre, del cáliz apartan la mirada.

No quiero salir de esta calle, no quiero salir de este barrio.

Llégueme la hora en este Getsemaní de La Villa.

Sin olivos, sin encinas, sólo sus casas encaladas.

Sin espadas, ni sogas, sólo la brisa marina.

Llégueme la hora, Padre, cuando Tú digas.

Hasta entonces Orando en este Huerto espero, en mi Getsemaní de La Villa”

Es la Amargura de Cristo, es la Amargura de su Madre.

En La Villa tiene este pueblo dos Amarguras iguales.

¡Amargura!

En Ayamonte, sin serlo, es el nombre de una calle por la que, en tarde de Jueves Santo, Cristo cae.

Por la que en madrugada de Viernes, de la mano de Cirineo, vuelve a levantarse.



Camina Jesús entre claveles sangrando.  
Cae sobre el sendero, como nuestro río, ya cansado.

La noche, rota de saetas, envuelve amorosa el paso.

Los martinetes le cantan al más hermoso lirio tronchado.

Jesús ha Caído, tiene el aliento duro y amargo.  
Amargura de otros tiempos, de otros años, en los que estuvo desaparecido y durante los cuales la devoción talló nueva imagen que hoy preside la Casa de sus Hermanos.

¡Amargura!

Universal joven nazarena.

Peregrina siempre, te acercas a esos mundos que marcamos con un triste número por el abandono y las carencias.

Tu cuerpo no tiene fronteras.

Te sientas al lado de los que, de la vida, sólo pan esperan.

Y sacias su hambre con el maná de tus labios.

Y la sed les calmas con el manantial de tu llanto.

Alrededor todo es desgracia y pobreza.

Todo, escasez y miseria.

Y ahí estas Tú, como en Galilea, esperando el milagro, para ser espejo de justicia, en el que todos anhelan que se miren los mandatarios de esta parte de la Tierra.

En el mundo tiene Ayamonte dos Amarguras gemelas.

Manto azul de agua por el que navegan nuestras dudas.

Olas plateadas que golpean nuestras creencias.

Navío de fe cristiana con la mejor arboladura.

Candelería encendida que tu nombre refleja.

Dolor y pena grabadas en partitura.  
Aflición que se adivina en tu cara, Madre y  
Señora de la Amargura.

VINETA

### ESPERANZA DEL MAR

Y en mi pañuelo, junto a Salud y Amargura,  
también está bordada la Esperanza con hilo verde de  
seda.

Esperanza del Mar, ante un Cristo desgarrado,  
plomizo y alanceado.

Esperanza que el cuerpo seca, con pañuelo de  
esposa y madre marinera, al Cristo de las Aguas de la  
mar rescatado.

De la atlántica mar, la de abundante riqueza.

De la mar que en forma de sacrificio y a veces  
dolor, de nuestro Ayamonte cobra su ofrenda.

Del Ayamonte que entre redes forjó su pasado.

El de los salazoneros,

El de las conserveras.

El de la gran flota de barcos.

El de los galeones, las traíñas, los arrastreros y  
las "parejas".

El Ayamonte que tan alto precio ha pagado.

Esperanza del Mar en el que tantos Cristos  
siguen naufragando.

Son Cristos de hoy, no de antaño.

La tierra prometida vienen buscando.

Vienen en pateras, no en barcos.

Y su Esperanza en el Mar se queda, durmiendo  
en un ataúd de olas sacrosanto.

Son Cristos de las Aguas, que seguimos  
alanceando.

¡Esperanza del Mar, Esperanza marinera, alivia  
tanta fatiga y tanta muerte de todas las edades!

¡Mueve los ejércitos de tu otro barrio!

Que la Punta del Moral puede ser el mejor  
apostolado.

Envíalos a enseñar a los que están equivocados.

Que la vida no se jueguen por intereses mundanos.

¡Mueve tus ejércitos, Madre de todos los mares!

A tus hombres recios, por la mar curtidos.  
Marineros de trabajaderas.

Que bajo tu paso han dicho:

Ya sé que nada podrán contra Ti tus enemigos.

Que nada podrá la muerte, la cruz, la lanzada.

Que eres faro en las tinieblas del alma.

Luz de Esperanza, guía de marinero a tierra  
son los candelabros de cola en tu nave cofradiera.

Ya están prestos los hosannas.

Ya está calzado el paso.

Y ahí está tu palio, al que un pincel de Ayamonte ha colocado la más bonita Virgen del Carmen, como sueño alcanzado después de muchos años, como precio al sacrificio de tus Hermanos.

Esperanza y Carmen, dos devociones de mi pueblo, dos cuadros de cabecera en los dormitorios de sus marineros.

Y por dejar de ser palio para Ti, ha entristecido  
el firmamento.

Y las estrellas, al no ver tu cara, están llorando.

Y sus lágrimas han vaciado la mar.

Y sus llantos han derramado el río.

Y la luna de medianoche se ha escondido.

Los luceros apagaron su luz y quedó sin brillo  
la tierra, mientras todo era resplandor del mar y destello  
de Virgen en nuestra Esperanza marinera.

VIÑETA

## PAZ

¡Esperanza!

La que durante varios años tembló.

Años en que mi pañuelo estuvo guardado.

Guardado por miedo a la sinrazón.

Y al sacarlo de una vieja cómoda, donde casi estaba olvidado, una pregunta me hice sin que hasta ahora haya tenido respuesta:

¿Pudo ese pañuelo haber salido de las temerosas manos de una madrina de guerra, de las que allá en los tiempos de la contienda rezaban por los soldados?

Porque de sangre tiene aromas, manchas de tierra, cantos de duelo, humedad de lágrimas, color de luto viejo, tacto de locura y sinrazón desmedidas y sabor a pólvora equivocada.

Pero también tiene luz de esperanza en una España nueva, por la que todos lucharan y por la que todos perdieran.

Y en el año cuarenta Jesús, en su inmortal Victoria, se hizo Pasión cansina, esbelta y hermosa, para proclamar el nombre de la Paz, una Paz ayamontina.

Y se encendió su candelería.

Luz blanca que revolotea transformando la noche en día y en paz la guerra.

¡Y que suerte la nuestra - la mía - de nacer en esta tierra bendita donde la Paz es de todos los días!

Sin pistolas ni bombas, sin actuaciones que unos ideales defiendan a golpe de víctimas; que en defensa de no sé qué derecho despojan a inocentes del don máspreciado: la vida; que en nombre de no sé qué soberanía o doctrina, la vieja piel de toro sigue sembrada de horror y muerte.

Han pasado ya más de seis décadas y España sigue sangrando tristemente en nombre de una verdad que no está en ninguna cicatriz de las viejas heridas.

¿Vale todo una sola vida?

¡Por Dios, que acaben las muertes!

¡Qué suerte la nuestra - la mía - de nacer en esta tierra bendita donde la Paz es de todos los días!

Y en la clara noche del Miércoles Santo, el sentimiento se hace oración y fervor por un sendero de agonía.



Por todas las calles, que son calles de Pasión  
empedrada, se deja escuchar el sonido seco del rachear  
de la cruz que Jesús arrastra.

Es su Pasión tan grande y su Paz tan  
extendida, que camina con ansias de ofrecer por nosotros  
la vida.

Pasión que sólo calma el pañuelo blanco de la  
Paz de su Madre María.

María Santísima de la Paz, la de mi infancia.

La que siendo yo su único costalero, Jesús me  
mandó levantarla.

Y Jesús llenó de cofrade mi alma llevándola en  
su paso al cielo.

Mi corazón de niño ya nunca ha dejado de  
mirarla.

Y me alistó en sus filas con antifaz, túnica y  
capa blanca.

Y la acompañé en su recorrido por un barrio  
nuevo.

Y fui testigo, entre la tempestad, de una noche  
en calma.

Y todo Ayamonte, de Ella, aprendió sus  
andares, sus voces, su forma de llevarla.

Y escribió una nueva página para nuestra  
Semana Santa haciendo a sus cargadores costaleros.

Y por verte blanco pañuelo.

Por verte rosa afligida.

Por verte granate manto de consuelo.

Por verte flor de la vida.

Por verte Angustias de tu cielo.

Por verte Pilar de tu candelera.  
Por verte paloma herida.  
Por verte Paz estremecida...  
...Sólo por verte, voy suspirando en el  
atardecer de mi vida.

VINETA

## ROSARIO

Y mi suspiro suena hondo desde el campanario  
del viejo Templo Mercedario.

Entre sollozos de la Virgen del Rosario mi  
pañuelo vuela hasta un nuevo barrio.

Barrio de Santa Gadea.

Barrio de hermosa acogida.

Serán ya tres estaciones de penitencia, aunque  
algunos no cuenten la del pasado año.

Pero mi pañuelo allí no se queda.

Empapado de trabajo joven, de aquel de mil  
novecientos setenta y uno, con remolinos de vientos,  
vuela hasta La Villa.

¡Capilla del Socorro!

Generosa posada que alberga a la Hermandad  
de La Ribera.

Posada que no está llena.

Que allí caben las devociones de Ayamonte  
entero.

Capilla del Socorro, a la que, al llegar Padre  
Jesús abre la puerta, en la que la Virgen, para el  
banquete divino, prepara la mesa.

Como en casa.

Pero ¿cuándo será la vuelta?

¡Quisiera verlo pronto...!

Jesús Cautivo bajando Jovellanos en tarde  
clara de primavera.

Cantos de golondrinas.

“Quejíos” de trompetas.

“Quejíos” que este año sonarán con más pena.

“Quejíos” que llorarán una ausencia.

Una de sus notas, la que vestía de nazarena,  
voló hasta el Cielo para ver a Jesús de cerca.

Esa nota, rodeada de redobles de tambores y  
llantos de cornetas, acompañará para siempre a Jesús  
Cautivo en celestial procesión cofradiera.

Esa nota, salida de paternal trompeta, liberará  
a Jesús de sus ataduras, de sus cuerdas.

Esa nota que nos dejó en la flor de su  
primavera, de la mano de Jesús Cautivo paseará por el  
firmamento y en noches de Lunes Santo rezará, con voz  
de metal, la oración que su padre reza.

Pero dime, Señor, ¿cuándo será la vuelta?  
¿Cuándo volverá Cristo en su Buena Muerte,  
ya en Martes Santo de madrugada, por “Felipe Hidalgo” a  
entrar en su casa?

Permitidme hermanos, llegado a este punto,  
una licencia.

El Cristo de la Buena Muerte para este  
pregonero es, de sus devociones, la expresión máxima.

Cristo de la Buena Muerte, que es de carne y  
no de madera.

Que ahora no es mar, que es mina con las  
entrañas abiertas.

Nave que iza su vela en noche negra y blanca,  
blanca y negra, rumbo a un pecho que ya no late y que  
suenan.

En el pecho roto de Dios, de este Dios que por  
la vida navega, beben los siglos un credo que los  
envuelve con su vela.

Y Ayamonte, cerca del río, volvió a nacer de  
pronto de la raíz de la tierra.

Cristo de la Buena Muerte, que es de carne y no de madera.

El mástil ya no es sólo mástil, la vela ya no es sólo vela, es antorcha viva de luz erizada de tinieblas.

La ternura se hace lucero, se vuelve la luna estrella y en cada esquina un ángel y un sueño para una nana perfecta.

Ayamonte lo ha izado de entre claveles, donde su pecho de tormenta durmiera, puro, teológico, eterno, bajo un cielo de mareas.

Cristo de la Buena Muerte, que es de carne y no de madera.

Vengo yo a decirte hoy, en esta mañana de Señas, cual es mi voluntad, para que me concedas la dicha de que se cumpla, si la tuya fuera.

Quiero envolver mi cuerpo con tu vela negra y blanca, blanca y negra, y ceñirlo con basta cuerda.

Quiero que el último latido de mi cuerpo, que nos es de carne y sí de madera, sea prendido por tu antorcha erizada de tinieblas.

Quiero ser ceniza y que el aire del último viaje hasta Ti me lleve.

Quiero seguir a tu lado, como en tantas noches de Lunes Santo, sin apartar de Ti la mirada.

Quiero ser pedestal de tu cruz en tintero de oración callada.

Cristo de la Buena Muerte, que eres de carne y no de madera, déjame dormir para siempre a tu lado el último sueño, el que tu duermes.

Deja que, en la Merced, compartas conmigo mi eterna Buena Muerte.

Pero dime Tú, Señora, ¿Cuándo será la vuelta?  
¿Cuándo el campanario de la Merced se reclinará para verte?

¿Cuándo acariciarán tus flores sus puertas?  
Ahora mi pañuelo lleva perfumes de Reina.  
Reina del Santísimo Rosario.  
Rosario al que Su Santidad cinco nuevos misterios ha engarzado.

En tu ausencia las cuentas han aumentado.  
Ya son veinte los que voy rezando.  
De Luz, de Gozo, de Dolor y de Gloria.  
Veinte misterios y no están todos en tu palio.  
En honor a Juan Pablo II, los de Luz vamos a bordar en tu manto.

Y tendrá la Virgen un manto nuevo.  
Y desde el martillo al colero, desde las perillas de los varaes hasta el zanco y de costero a costero, podré rezarle a la Virgen doscientas Ave Marías en las noches de Lunes Santo.

Será un altar dominico su paso.  
¡Todo su paso será Rosario!

VIÑETA



## VICTORIA

Como los misterios de Luz, mi pañuelo toma  
textura nueva.

El tacto es distinto ahora.

Sus pliegues suenan a marcha triunfal.

Su belleza es relajada, serena.

Sus encajes veo que están por terminar.

Me doy cuenta de que muchas cosas no están  
hechas.

De la última centuria, está al nacer la sexta.

Se llamará Victoria.

Ya es la década de los noventa.

Ven Señor, la Victoria de tu Resurrección ahora  
empieza.

Ven Señor, de mi mano verás que Ayamonte te espera.

Ven Señor, que el sol nace y se apagan las estrellas.

Ven Señor, que treinta costaleros, con sudor de muerte buena, te llevarán por calles y plazas.

Ven Señor, ya no hay diferencia entre el día y la noche, ya el reloj se para, ya todo es gozo y alegría, tambores y cornetas, palomar de plata.

Ven Señor, este es el día en que Ayamonte de la Victoria de tu Resurrección se llena.

Victoria que todo un pueblo proclama.

Y Ella, sin pañuelo, porque no le hace falta, por entre el mar de nuestros corazones camina sobre olas cofrades de sueños y esperanzas.

Cofrades que quedarán postrados ante tu belleza, con presentimientos de aleluyas que darán la bienvenida a una nueva primavera.

Un vestido de alegría, una saya de Victoria, un principio que comienza.

La saeta, que siempre es oración, por tu manto blanco, suavemente se irá resbalando.

Para dar más luz a tu brillar, bajarán los luceros del alba.

Victoria ya está en Ayamonte.  
Ya todo es gozo y es contigo alegría.  
¡Qué gozo y qué alegría!  
Ver en tu cara la sonrisa.  
¡Qué gozo y qué alegría!  
Ver sin dolor tu semblante.  
¡Qué gozo y qué alegría!  
Ver tus ojos sin lágrimas.  
¡Qué gozo y qué alegría!  
Ver tus manos sin horror contraídas.

Y en tus manos pondré mi pañuelo, no para  
consolar tu dolor ni secar tus lágrimas que a Ti no te hace  
falta.

Que delante va tu Hijo Resucitado en la  
espléndida mañana en que todo huele a vida y esperanza.

Ese pañuelo, Madre, será el de la Victoria de la  
vida sobre la muerte.

Y lo alzaré tu mano ante las Angustias, en la  
explanada, cuanto al recogerte saludes a tu pueblo  
despidiendo la Semana Santa.

A Ti, Madre de la Victoria, ese pañuelo blanco,  
que es el de la devoción que Ayamonte ya te tiene, que es  
el pañuelo de la fe en Jesús Resucitado, te pido que lo  
llevés, desde este año, para siempre.

## VIÑETA

## ANGUSTIAS

La historia de mi pañuelo se va acabando.  
Desde tiempos remotos ha llegado hasta el momento presente.

A cada una de nuestras Vírgenes se lo he regalado, en ferviente devoción concepcionista, para ahora decirles:

Toma mi pañuelo, Madre de la Salud, para aliviar el dolor de los enfermos.

Toma mi pañuelo, Esperanza nuestra, para secar el sudor de los marineros.

Toma mi pañuelo, Reina de la Paz, para limpiar las penas de las guerras.

Toma mi pañuelo, consoladora de Amargura, para rescatar a los que se sienten afligidos.

Toma mi pañuelo, de los mártires Reina, para mitigar el Mayor Dolor de tus hijos.

Toma mi pañuelo, puerta del Cielo, para que la Soledad deje de ser sentimiento.

Toma mi pañuelo, vaso espiritual, para que nuestra Victoria sea el pecado vencido.

Toma mi pañuelo, Reina del Santo Rosario, para empapar las cuentas de nuestras oraciones.

Toma mi pañuelo, estrella de la mañana, para cobijar y dar Socorro a Ayamonte.

Y a Ti, Madre de Cristo,  
A Ti, Madre inmaculada,  
A Ti, Madre del Creador,  
A Ti, Madre del Salvador,  
A Ti, Madre de la Iglesia  
A Ti, Madre de Ayamonte,  
A Ti, Madre de las Angustias, mi pañuelo no te  
ofrezco.

Que me des tu mano no te pido, que una sujeta a tu Hijo y en la otra, los hermanos Corito, tallaron un lienzo para, de Ayamonte, absorber sus desvelos.

A ti, Madre, mi pañuelo no te ofrezco, que no sé dónde ponerlo.

Hubo un día en que me ofrecí para guiar tus pasos.

Fue el de tu Coronación, en mil novecientos noventa y dos, el día de Santiago.

De la Merced te saqué, con treinta corazones costaleros, coronada de los campos.

¡Jamás mis ojos han contemplado más belleza en un paso!

Y el pañuelo blanco que prendido en “El Castillito” estaba con espinas de viejas tuneras, resbaló de nuevo por todas las calles hasta cubrir la Ribera.

Y en la orilla las olas del río grande terminaron sus ribetes y encajes.

Y me sentí pescador, Madre de Ayamonte Coronada, rescatándote otra vez de las aguas del Guadiana.

Y me sentí pescador de las almas que, ante tu excelsa belleza, se rinden y te proclaman Reina.

Y un mar de fervor expectante, en la ancha avenida, anhelaba el milagro de verte caminar sobre las aguas.

Y anduvimos, juntos de la mano, sobre el Guadiana.

Tu y yo, Madre, con treinta costaleros bajo tu paso.

¿Cómo no ofrecerte mi pañuelo?  
Si ese enorme privilegio lo tenías para mí guardado.

¿Cómo no ofrecerte mi pañuelo?  
Si Tú me lo diste en el mismo momento del nacimiento, si secó mi cuerpo al ser bautizado, si crecí a tu lado y fuiste mi compañera de juego.

¿Cómo no ofrecerte mi pañuelo?  
Si te lo presenté de primera comunión vestido, si él arrulla mi fe desde pequeño, si para mi esposa se convirtió en velo.

¿Cómo no ofrecerte mi pañuelo?  
Si él absorbe mis preocupaciones y mis desvelos, si a mis hijas se lo entrego para que guíe sus pasos en los años venideros.

¿Cómo no ofrecerte mi pañuelo?  
Si es el que empapa mi fe, es el que empapa la fe de mi pueblo.

Que a golpe de horas, de días y de años, se ha ido tejiendo.

Que con el paso del tiempo ha sido testigo de vidas y sueños.

¿Cómo no ofrecerte mi pañuelo?  
Si es el de las devociones de mi pueblo.  
Si por muchas generaciones ha de ser testigo  
imperecedero del amor que te tenemos.  
¿Cómo no ofrecerte mi pañuelo?  
Si con él te lanza todo Ayamonte un ¡te quiero!  
Madre de las Angustias Coronada, a los pies  
de tu Hijo, que en el regazo llevas muerto, este humilde  
pregonero al que le faltan las palabras y le sobran  
sentimientos, se postra con su pañuelo.

Fernando Castillo Picón  
(28/03/2004)